



ASOCIACIÓN PERUANA DE FACULTADES DE MEDICINA

RED PERUANA DE ESTUDIANTES DE MEDICINA (REPEM)

Juegos Florales *Estudiantiles de Medicina*

MÁS ALLÁ DEL ENCIERRO

CUENTO

CRISTHIAN DAVID SAAVEDRA GUZMÁN

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO RUIZ GALLO

1er Puesto
Categoría Cuento





MÁS ALLÁ DEL ENCIERRO

Pablo Cervantes

Terminó, con la última bocanada de humo, aquel cigarrillo amargo bajo un cielo gris despojado de estrellas, imaginaba alguna brillante y milagrosa, como las que solía ver de niño o las que siempre le hicieron sentirse uno. Humberto cerró la puerta, y el polvo de la casa vieja se enredó entre sus pestañas; sus ojos vidriosos y melancólicos que veía en el espejo le hicieron un poco de compañía esa noche, que era igual a todas desde hace años. El chillido del televisor le dejó escuchar apenas la noticia de una cuarentena inminente debido a una enfermedad que no terminaría de comprender, pero porque tal vez nunca quiso hacerlo. Catorce días encerrado consigo mismo pensando en la familia que tiene y no ve, pensando en los hijos que escucha y no abraza, creyendo en un viejo amor ausente y extinto que dejó marchar hace más de quince años.

- Catorce días... ¿Qué más da? – dijo.

Apenas era la primera semana, y el principio de esta se vería marcada por la llegada de sus hijos. Ellos se pusieron a descargar las provisiones de un sinfín de cajas mientras una sonrisa se esbozaba en el rostro del viejo al notar que, desde que nació el primero, se fue heredando su tan extravagante y exagerada manera de preocuparse. Llegaron pálidos; tenían el miedo suave y camuflado escondiéndose muy bien bajo la seriedad de todas sus miradas cómplices atiborradas de incertidumbre y angustia, preocupados por su viejo, el de los inmensos ojos tristes. Era él, como siempre, con unos lentes cuadrados de los ochenta, el cabello asediado por las canas y siempre alborotado, unos brazos gruesos como si fueran troncos cubiertos de vellos abultados y toscos que raspaban la piel, y una frase irónica que le arrancaba una carcajada a cualquiera. Ninguno lo recordaba triste; tal vez él tampoco recordaba cómo sentirse así, pues la alegría tatuada en sus gestos se volvió una marca personal que fabricó con los años, era ya tan suyo como el tic de acomodar sus gafas con el índice derecho mientras parpadeaba con fuerza y arrugaba sutilmente la nariz, tan suyo como los pequeños hilos blancos en su pecho, los años en las grietas al borde de sus ojos y como la aspereza de sus manos. Sus muchachos no notaron



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

nada; no había nada que notar. Humberto era el mismo de siempre y ellos eran tan diferentes como de costumbre.

Aquellos catorce días duraron mucho menos que un efímero parpadeo; solo sirvieron de antesala para anunciar que vendrían dos semanas más. La sonrisa empezó a ser fingida de a pocos hasta que se perdió en algún recuerdo que ya no quiso encontrar; las noches le quedaban demasiado largas y los parpadeos, después de la tercera semana, eran cada vez mucho más duraderos, silenciosos e imperceptibles. El teléfono permanecía casi en silencio, pero el corazón creaba una suave sinfonía que le golpeaba el pecho desde adentro mientras él, asustado, solo esperaba a la mañana siguiente para iniciar con calma un nuevo día.

Humberto apenas se dio cuenta que había terminado abril, solo lo notó porque empezó a extrañar las conversaciones interminables en la Asociación de ex – trabajadores del ministerio, las mofas de los “cabezas blancas” y extrañaba sus largas caminatas que le dejaban los talones hechos añicos cada noche. Empezó a entender que el dolor en los pies era más hermoso que el silencio, menos preocupante que el dolor en el pecho y mucho más agradable que el dolor de piernas por ya no saber cómo usarlas. Los días pesaban más y las horas se volvieron interminables; disfrutaba mucho con las pocas llamadas que le hacían, pero fue también una llamada la que le arrebató esa felicidad que le causaba el sonido predeterminado del teléfono, una llamada que hubiera preferido no contestar, que le abrió los ojos y lo despertó de ese letargo en el que había estado flotando las últimas semanas, que lo hizo mirar por la ventana y descubrir un mundo en el que la gente se taba la sonrisa mientras se alejaban unos de otros, un mundo que lo puso en cautiverio ya más de un mes, y por primera vez en todo este tiempo se asomó un grito en su garganta que nunca conoció la luz. Notó, demasiado tarde, que se había quedado preso.

El silencio se sintió mucho más que antes en esas cuatro paredes, las pupilas se dilataban y la humedad de sus labios se perdía entre la densidad del aire y su propia calentura, el pecho apretó muy fuerte y el vacío se sintió en algún lugar recóndito de su mente. Su madre, una anciana de piel tersa y desdibujada por el siglo completo que le tocó vivir, había tropezado con el cansancio de sus piernas, y su frágil cabeza produjo un sonido seco y desagradable al estrellarse contra el piso de la cocina. No hubo una sola gota de sangre, pero se mantuvo treinta minutos sin reaccionar mientras el último de sus hijos se incrustaba las uñas en las palmas esperando en el



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

teléfono una noticia, buena o mala, que rompiera ese silencio fastidioso y asfixiante que lo enfermaba aún más. La anciana, ya despierta, miraba atolondrada a su alrededor con los ojos grises y perdidos; totalmente desconcertada y con gestos de dolor solo atinó a decir:

- ¡Qué dolor de cabeza tan bárbaro!... Seguro es por el frío – Y se echó a dormir al instante.

Humberto respiró hondamente y sonrió con premura anunciando el nerviosismo y el miedo insistente que empezaría a azotarle desde ese día. Las mañanas ya eran distintas; las noticias contando más muertos, las calles solas dibujaban el sendero de una que otra carroza fúnebre que transitaba dejando un día. La valentía solo le alcanzaba para pararse en el umbral de una puerta empolvada con las bisagras entumecidas, miraba hacia ningún lado, miraba a nadie mientras usaba su mascarilla y un protector facial, que era más como una máscara que ocultaba aún más sus pestañas, sus ojos y sus temores. Las noches eran peores; la soledad azotaba su cama y los pensamientos estaban todos con su madre, estaba él tan lejos temiendo por su partida. Pensaba en que nadie la llevó al hospital, pues todo sitio estaba infestado de ese maldito virus que hubiera podido destruir sus frágiles pulmones, pensaba en el espectro funesto de la muerte, recordaba sus viajes trimestrales para ir a cuidar y peinar, con extrema delicadeza, a la mujer que lo había olvidado hace algunos años, y suplicaba desesperadamente por tener la oportunidad de verla una vez más antes de que se marche. La vida fue tan mezquina con él que sintió en las entrañas que su petición no sería escuchada... Y así fue.

Después de un mes de insomnio, con el cansancio auestas susurrándole sus miedos cada noche, la presión tan alta que le hacía vibrar los oídos, el corazón asustado golpeando su pecho tan fuerte que se podía notar a través de la camisa, las llamadas cortas de sus hijos que él extendía todo lo que podía con bromas que ya hace semanas ya habían perdido la gracia, con el silencio de su habitación, de su casa, de las calles; el ser robusto más frío e inquebrantable que muchos habían conocido, dejó que sus ojos soltaran cuatro lágrimas que viajaron a través de los surcos de su rostro perdiéndose en la comisura de sus labios, se cogió fuerte de la pared para dar cuatro golpes secos contra la misma que desgarraron sus nudillos, agachó la cabeza mientras se tocaba fuerte el pecho y odió su corazón frágil, odió la enfermedad en las calles y odió sentir que la soledad lo abrazaba tan violentamente hasta formar parte de él. Tuvo que llorar a su madre desde lejos y supo que eso jamás podría perdonárselo.



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

La depresión cobró vida. Humberto pasaba los días mirando hacia la nada y pensando en su madre, pensando en la muerte maldita que se la llevó tan lejos de él, meditando profundamente sobre la mayoría de los placeres majestuosos de la vida que le fueron esquivos a sus sesenta y siete años. La ansiedad lo consumía dentro de cuatro paredes que lo separaban del mundo real, pero sabiendo que, ese mundo en pausa, se volvió más peligroso incluso que el dolor en su pecho. Nunca había pensado tanto en la muerte, pero ya no podía pensar en otra cosa; la muerte hacía publicidad por todos lados soltando cifras de cadáveres espantosas, algunos eran conocidos, algunos eran parientes, otros eran extraños, pero ya había llegado al punto en el que todos dolían igual. Su viejo amigo, el televisor, solo le transmitía pánico; toques de queda, gente encerrada, hospitales colapsados, muertes en los pasillos, fallecidos envueltos sin nombre haciendo fila en algunos rincones olvidados. Tenía ganas de salir, pero el miedo superaba todo.

Las semanas dejaron de sentirse, los días sabían amargos. El viejo solo la pasaba sentado en la cama con el celular cerca para responder cada llamada con un: "Estoy bien". El sudor evaporado de su cuerpo se terminó por impregnar en las paredes, las comidas dejaron de ser importantes a veces, las pastillas para el cuidado de su corazón se quedaron intactas en su mesita de noche. Llevaba siempre la mano derecha en el pecho sintiendo esa arritmia intensa por las madrugadas, y pensó que era solamente temor, llamaba a sus muchachos, que no siempre contestaban, para apaciguar el fuego en su corazón, llamaba tal vez para no sentirse olvidado, pero discretamente, Humberto, llevaba semanas en las que se había olvidado de sí mismo.

Tuvo que ser una llamada la que lo despertó de uno de sus tantos trances, tenía otra vez el pecho adolorido y la vista borrosa, corrió a buscar el celular que no estaba más a su lado, pues seguramente lo dejó por ahí, y a dos pasos de encontrarlo sintió cómo se quebraba algo dentro suyo, un frío intenso y desesperante le acariciaron los brazos mientras la mirada se perdía en una profunda oscuridad que le generaba incertidumbre. Cayó frágil, apoyado en la pared con la mano siempre en el pecho, con el miedo siempre en su mente y todo se volvió negro.

Despertó en su cama intrigado por el suceso. Quiso entender lo que había pasado y no se percató que ya no tenía miedos. El celular estaba en su mano y sonaba, pero no sentía la necesidad de contestar, olvidó otra vez cómo sentirse triste, y puesto de pie ya se encontraba vestido y decidido a salir al mundo sin importarle esa despreciable enfermedad que le había entristecido durante los últimos meses. Notó que la noche ya había durado demasiado, olvidó sentirse



Asociación Peruana de Facultades de Medicina

cansado, el pasadizo de su casa era un poco más largo de lo habitual, y el olor era a suave lavanda que se sentía hasta en los pulmones. Humberto transitaba el pasadizo interminable hasta que, una luz lo cegó por unos segundos; la puerta se había abierto, la noche ya no era noche, aunque se sentía como una. Vio a sus hijos cruzando el umbral y corrió con una sonrisa cálida, pero se frenó en seco al ver que el pasadizo había terminado. Los chicos se arrodillaron y soltaron al unísono un gemido triste y estremecedor que lo volvió a despertar una vez más.

Habían pasado cinco días desde que él fue corriendo por esa llamada. La eterna noche no era más que un sueño; se halló buscando la mirada de sus hijos que solo miraban a un hombre tirado en el piso, desaliñado y pálido, con un celular en la mano y la otra en el pecho. Se vio a sí mismo y mientras desaparecía empezó a creer que algunos sí mueren de tristeza y de soledad, que se puede morir de angustia hasta el hombre más fuerte. Se miró con melancolía y supo que, aunque nunca se infectó, fue ese maldito virus el que lo encerró y no le dejó despedirse de su madre; y fue ese maldito virus, el que lo enfermó de soledad y depresión hasta, inevitablemente, llevarlo con la muerte.